EL TIEMPO DE CRISTAL

Antonio Juárez Arribas

EL TIEMPO DE CRISTAL

Antonio Juárez Arribas

avant
editorial

Primera edición, agosto de 2022
© Antonio Juárez Arribas 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19197-79-5
IBIC: FA

AGRADECIMIENTOS:

En primer lugar, a mi esposa, Pilar Sánchez de Vivar Villalba, que desde el primer momento me animó a escribir esta novela. Ella padece Retinosis Pigmentaria, la misma enfermedad que Míriam, la protagonista de la novela. Sin su ánimo y apoyo no habría podido escribirla, ya que ha sido una fuente de inspiración en todo momento.

Quiero también agradecer muy especialmente a mi buen amigo Luis Palacios Fabián, su interés por mi novela y su desinteresada ayuda en la corrección de esta. Nos conocimos hace ya muchos años viajando a Moscú, para seguir el tratamiento que allí se hacía de la Retinosis Pigmentaria, y desde entonces hemos mantenido una gran amistad.

Mi reconocimiento a la ONCE, organización que siempre ha velado y ayudado a todos aquellos que sufren una deficiencia visual, y que gracias a ella pueden llevar una vida totalmente normal, como mi esposa con su preciosa perra guía, África.

Por último un recuerdo a todas esas miles de personas que en la década de los 80, se embarcaron en la odisea de viajar a Moscú en busca de la luz que sus ojos habían perdido. Llegados de todas partes del mundo confluimos allí como en la torre de babel, separados por lenguas y culturas distintas, pero unidos en una misma esperanza.

A mi sobrina Irene López Juárez, modelo y actriz, y sobre todo una gran persona, a la que agradezco que haya accedido a ser la portada de mi libro. Estoy seguro de que cuando esta novela llegue al cine, ella será la protagonista.

NOTA DEL AUTOR

La trama de esta novela se basa en el descubrimiento de un nuevo estado de la materia, *«Los Cristales del Tiempo»*. Las utilidades de este nuevo estado de la materia aún están pendientes de descubrir por la ciencia. En mi novela *El tiempo de cristal*, me anticipo y le doy una propiedad en la que está basada la novela, la capacidad de grabar objetos y personas que no están en el plano que se graba, pero que lo estuvieron con anterioridad.

La historia, partiendo de esta ficción, se ancla en la realidad que vivimos: Covid-19, violencia de género, el amor, y la visualización de una enfermedad ocular hereditaria, la retinosis pigmentaria que afecta a más de quince mil personas en España, y de la que hay más de sesenta mil portadores no enfermos. Como digo en la sinopsis, esta enfermedad originó que miles de personas de todo el mundo en la década de los ochenta viajaran a Moscú para seguir el tratamiento que solo allí se hacía allí, y lo cuento con conocimiento de causa, puesto que yo acompañe en esos viajes a mi mujer que padece esa enfermedad.

El tiempo de cristal cuenta una historia jamás contada, que atrapará al lector por su contenido, por su originalidad, por la personalidad de

sus personajes, y porque nos enseña que, si no perdemos la esperanza, el futuro nos lo recompensará.

I

—Un descafeinado con leche, por favor.

—¿Alguna otra cosa?

—Bueno sí, tráigame también una ensaimada.

—Muy bien, enseguida se lo traigo.

Simón estaba sentado en una terraza de la Gran Vía de Madrid. Corría el mes de noviembre del año 2020, y la temperatura era lo suficientemente suave como para sentirse a gusto en una de las innumerables terrazas de esa gran avenida de la capital. Después de pedir la comanda, sacó de una bolsa que había dejado encima de la mesa un pequeño paquete. Lo abrió con sumo cuidado, y tras sacar una tapa de cartón, extrajo un móvil de última generación que se acababa de comprar. Venía un pequeño cuadernillo con las instrucciones más básicas, pero Simón lo obvió. A sus treinta y cinco años, prácticamente había pasado la mitad de su vida con un móvil entre sus manos, por lo que su manejo lo hacía de forma intuitiva, como si él lo hubiera diseñado. Lo conectó y ¡*voil*à! Funcionaba, la batería estaba cargada al 80 %. El camarero llegó en ese momento con la comanda y se la dejó a Simón en la mesa.

—Muchas gracias. ¿Me puede traer algunas servilletas?

—Cómo no, enseguida señor.

Simón dio la vuelta al móvil y vio que traía las cuatro cámaras, con las que supuestamente iba a poder hacer las mejores fotografías del mundo.

«Bueno, espero que sea verdad, me he gastado una pasta en este móvil por la cámara».

Su primera intención fue la de comprarse una cámara de fotos, pero ante los evidentes signos de fatiga de su anterior móvil, pensó que era mejor comprarse un móvil nuevo con la mejor cámara de fotos que existiera. Simón enfocó hacia la acera por donde iba y venía la gente, e hizo algunas fotos para probar su calidad.

«¡Guau! ¡Qué calidad! En automático, sin ninguna preparación y en movimiento. Son fantásticas».

Simón dejó el móvil en la mesa, se bajó la mascarilla y se dispuso a merendar. Aquella ensaimada estaba muy lograda, tenía la grasilla típica que caracteriza a las ensaimadas de Mallorca. Después de tomar el penúltimo trozo, guardó el último en una servilleta. Dio un sorbo a su descafeinado y volvió a ojear las fotos que acababa de hacer.

«¡Vaya, cazada a la primera! Es increíble, la gente es que no escarmienta, ¿cómo puede ir por la Gran Vía, con la cantidad de gente que hay, sin mascarilla?».

Simón oteó en la dirección en la que iba aquella mujer sin la mascarilla, pero no la pudo ver; habían pasado ya varios minutos desde que hizo las fotografías. Volvió a mirarlas y estaban hechas justo a la altura de su mesa. Pensó que con gente así nunca acabaríamos con la pandemia. Apuró el último sorbo de su descafeinado y llamó al camarero para pagarle. Hacía muy buena temperatura y el sol de otoño empezaba a perder fuerza. Decidió ir dando un paseo hasta los jardines del palacio de Oriente, así podría hacer alguna foto más y luego volver a casa. Simón vivía en la calle Ferraz, frente al Templo de Debod. Su metro y medio de altura, sus ojos claros de un color marrón verdoso, y su pelo de color castaño le hacían un hombre atractivo; su abundante pelo peinado hacia atrás y una forma de vestir más elegante de lo habitual le daban una imagen un tanto retro.

Al entrar en casa fue recibido efusivamente por su perra Nela. Daba igual que se hubiera ido cinco minutos que cinco horas, el recibimiento que le hacia su perra era siempre el mismo.

—Hola Nela, yo también me alegro de verte.

Nela era una perrita de unos 10 kilos de peso y color canela, con una franja blanca que le cubría el pecho, hocico y el centro de su frente. Se dirigió al salón y se sentó en una silla; Nela le siguió y se sentó frente a él. Con mucha parsimonia, se sacó la servilleta con el trozo de ensaimada que había guardado en la terraza y se lo dio a la perra.

—Te tengo muy mal acostumbrada, la veterinaria luego me va a echar la bronca por darte dulce. Esta es la última vez, ¿de acuerdo? Bueno supongo que ya estarás acostumbrada a que te lo diga siempre, como luego nunca lo cumplo… Soy un desastre y tú tienes la culpa, nunca me lo rechazas. Eres una perrita tapera, pero bueno, de tal palo tal astilla.

Simón se levantó de la silla y se sentó en el sofá, se sacó el móvil del pantalón y empezó a ojear las fotografías que había hecho en la plaza de Oriente. Estaba encantado con la calidad de las mismas. Incluso con poca luz había sacado detalles del palacio en los que nunca se había fijado. Siguió ojeando fotografías hasta llegar a una que le era familiar: una mujer de unos cuarenta años aparecía en primer plano.

«Esa cara me suena, ¿dónde la he visto antes?».

Se fue a las primeras fotografías que había hecho cuando estaba en la terraza y…

«¡Es la misma mujer! Y sigue sin llevar la mascarilla. Es increíble, ¿cómo puede ser tan inconsciente? ¡Y con toda la policía que había por allí!».

Si se hubiera fijado en ella le habría llamado la atención, pero iba tan absorto con su móvil nuevo que la verdad es que no lo hizo. Simón se quedó mirando unos instantes la foto de aquella mujer. Lo importante era que la cámara hacía muy buenas fotografías y se alegró

de haber hecho la compra. Ahora le tocaba traspasar toda la información de su viejo móvil al nuevo.

—Mañana iremos al Parque del Oeste, seguro que allí podré hacer unas fotografías estupendas. ¿Qué te parece el plan, Nela? ¿Te hace mañana un paseo por el parque?

Nela se le quedó mirando fijamente sin pestañear.

—Vale, y nos sentaremos en una terraza a tomar algo, ¿de acuerdo?

Nela dio un ladrido que Simón sabía que era un sí.

Simón había estudiado periodismo, pero la verdad es que nunca había ejercido como tal; estudió más forzado por sus padres que por verdadera vocación. Había ido dando tumbos trabajando en una inmobiliaria, en unos grandes almacenes, en una oficina, y en los ratos libres, haciendo lo que más le gustaba: escribir. Había escrito varios relatos cortos que había enviado a diferentes concursos literarios, pero sin suerte. La verdad es que ni tan siquiera le habían contestado. Pero él seguía en sus trece. Decidió cambiar de velocidad y durante un año se había dedicado a escribir su primer libro. Muy dado a la intriga y la ciencia ficción, su libro abarcó esas dos áreas. Tras unos primeros meses en los que no parecía que el libro trascendiera mucho, un día recibió una llamada en la que le preguntaban que si quería hacer una entrevista en Radio 5 para comentar su novela *Movimiento quieto*. Durante unos instantes se quedó paralizado, pero enseguida reaccionó diciéndoles que por supuesto sí quería hacerla. Aquello fue su gran despegue. Al no ser un autor conocido, la editorial que se lo había editado imprimía los ejemplares sólo bajo demanda. Esto hacía que su ansiada foto junto a una librería con sus libros detrás no iba a poder ser. Su aparición en Amazon dinamizó un poco las ventas, y sobre todo el boca a boca había hecho que al final llegara a personas a las que les gustó, y que siguieron su propagación. Siguiendo esta línea de sucesos, alguien que trabajaba en Radio 5 lo leyó y le debió de gustar.

A partir de aquella entrevista, del boca a boca y la aparición en la web «todostuslibros», que era la unión de muchas pequeñas librerías,

su libro empezó a sonar en los corrillos literarios. Pasado un año de su publicación recibió su primer dinero. Fue una buena ayuda que junto a sus ingresos por trabajos temporales y una asignación que tenía de sus padres le hacía plantearse la vida sin grandes agobios.

Simón se acostó y su fiel compañera hizo lo propio, saltó a la cama y se acurrucó junto a su amo.

Al día siguiente como había pensado, se dirigió con su perra al Parque del Oeste. Nada más salir de su casa, cruzó a la acera de enfrente, que delimitaba el templo de Debod. Continuó andando por ella hasta llegar a las instalaciones del teleférico.

—Mira Nela, aquí fue donde tu vida se cruzó con la mía, ¿te acuerdas? No, cómo te vas a acordar, hace ya más de un año de eso. Bueno, continuemos que ya queda poco.

Tras quince minutos de tranquila caminata, dejaron el paseo de Camoens atrás, y tras soltar a Nela, se adentraron en el parque. La perra que ya lo conocía empezó a correr como si no hubiera un mañana por sus verdes praderas. Simón le hizo varias fotografías y siguió andando por un sendero que le conducía a una fuente, lugar que le traía recuerdos de su infancia. Cuando era pequeño venía con sus padres a beber agua de ella porque decían que era muy buena para la salud. Las aguas procedían del arroyo de San Bernardino, cuyo origen decían que era de los montes del Pardo. El caso es que ha pasado de ser agua sanadora a agua contaminada, y un cartel colgado junto al caño lo advertía: agua no potable.

Nela hizo ademán de ir a beber, pero Simón no la dejó.

—Sigamos el camino, un poco más adelante hay una fuente del canal y allí si podrás beber.

No había mucha gente, de hecho, en el punto en que se encontraba estaba absolutamente solo; los pinos centenarios que le rodeaban y el murmullo de las distintas aves que habitaban allí le hacían sentirse como si estuviera muy lejos de Madrid. Era una sensación muy agradable, inspiró y expiró profundamente intentando llenarse de aquella

energía que emanaba de la naturaleza. Hizo un sinfín de fotografías: en movimiento, con el *zoom*, con el gran angular, difuminando el fondo, selfis con su perra, o como a él le gustaba decir, autorretratos; aunque no le gustaron como quedaron, el aparecía como un cabezón. Cogió el móvil al revés e hizo unas autofotos sin ver la pantalla. Entonces se acordó de que tenía una cita para comer.

—Bueno creo que ya hemos dado un buen paseo, es hora de regresar, volvemos a casa.

Simón se miró el reloj y vio que eran las 12 horas; se había entretenido más de lo que había pensado. Había quedado a la una en la Puerta del Sol con su buen amigo Jaime, y aún le quedaba un buen tramo para llegar hasta su casa.

Con un paso más acelerado que a la ida, llegaron a casa y tras ponerle la comida a Nela, se cambió de ropa y a renglón seguido salió a toda velocidad hacia la calle Princesa, donde cogería el primer bus que pasara y le dejara en Callao.

La calle Preciados estaba con mucha gente. Él procuraba evitar los lugares muy concurridos, pero al quedar en la mismísima Puerta del Sol, sortear las aglomeraciones iba a ser muy complicado.

«La una en punto, ¡lo he conseguido!».

Junto a la escultura del Oso y el Madroño divisó a su amigo Jaime.

—Hola Jaime, ¿qué tal? ¿Cómo estás?

—Hola Simón, bien, ¿y tú? ¿Cómo andas?

—Pues bien también, aunque un poco acelerado. He estado dando un paseo por el Parque del Oeste con mi perra y se me ha ido el santo al cielo.

—Sí, la verdad es que he estado a punto de irme. Son la 13.03. No sé cómo he aguantado tanto.

—Lo que yo no sé es cómo te sigo aguantando. Anda, vamos a tomar algo y así hablamos.

—Había pensado en ir al Museo del Jamón a tomar unas cañas antes de comer, pero ahora, como no se puede estar en la barra, no vamos a poder.

—Sí, es un fastidio, pero yo casi lo prefiero. No me gusta estar muy cerca de gente a la que no conozco. Oye, ¿por qué no vamos a comer allí, y nos tomamos una cerveza antes de pedir la comida?

—Por mí de acuerdo, pero al decir comida quieres decir el menú del día, ¿no? Recuerda que yo no soy un afamado escritor al que todas las editoriales del país se lo rifan.

—Si te contara lo que me han pagado no te lo creerías, así que, como no pienso invitarte, tendremos que conformarnos con el menú.

Simón y Jaime se encaminaron a la calle Carrera de San Jerónimo y entraron al bar-restaurante del Museo del Jamón. La planta baja tenía una gran barra en forma de U cuadrada, alrededor de la cual se acumulaba la gente antes de la pandemia. Por encima de ella, decenas de jamones colgaban sobre una repisa que invitaban al tapeo. Los dos amigos subieron a la primera planta, que era donde estaba el restaurante. Un camarero les acomodó en una mesa rodeada de otras mesas clausuradas para mantener la distancia social, y les indicó el código QR que debían escanear para elegir qué iban a tomar.

—De momento traiga dos cervezas—le pidió Jaime al camarero— ¿Qué tal tus padres Simón?

—Mejor que yo. Ya sabes que desde que se jubiló mi padre, pasan casi todo el tiempo en la casa de Benidorm. Apenas vienen un par de semanas al año, dicen que ya se han acostumbrado al clima de allí y que Madrid les agobia.

—¡Qué envidia, ya me gustaría a mí también vivir en Benidorm! ¿Y Raquel, la has vuelto a ver?

—No, desde aquel día ni la he vuelto a ver ni he sabido nada de ella.

—¿Y no has pensado en llamarla?

—¿Llamarla yo? Fue ella la que se fue. Me dijo con mucha claridad: «¿Yo o la perra?». Y le dije que la perra. Ella se marchó y hasta ahora. Si quiere algo, que sea ella la que mueva ficha, pero la perra se queda. Y te digo otra cosa, ahora que ya han pasado unos meses, casi

que me alegro de que se fuera. Ahora voy donde quiero, como cuando y lo que me da la gana y no tengo la obligación de buscar un trabajo estable en alas de una estabilidad económica para no ser menos que ella. Vamos, que ahora, con la perspectiva que me ha dado el tiempo transcurrido desde que se fue, que no, que no volvería con ella ni aunque me llamara.

—Bien, ni con ella ni con otra, porque que yo sepa parece que te has regañado con todo el sexo femenino. ¿Piensas vivir el resto de tu vida con tu perra?

—Mira, Nela nunca me diría que o ella o la otra. Eso que salgo ganando.

El camarero que les había acomodado se acercó para tomarles nota.

—Perdón, todavía no lo hemos decidido.

Simón sacó su móvil, escaneó el código QR y ojeó la carta.

—¡Pedazo de móvil, y luego te quejas de que te pagan poco!

—Y me quejo. Esto ha sido por un dinerillo que tenía ahorrado. Toma, mira la carta y sopesas el móvil.

—¡Qué buena pinta!

—Sí, la verdad es que hace unas fotos increíbles.

—Me refería al menú. Yo tomaré paella y pollo al ajillo.

—Pareces mi clon, si te gustaran los perros hasta podíamos ser pareja.

—No te pases, que no estoy tan desesperado. Bueno vamos a probar esa cámara tan estupenda. A ver, sonríe. Muy bien. Sí que tiene una buena cámara, te he hecho un primer plano y no se ha roto.

—Ya tengo muchas fotos yo solo, haz un autorretrato para que salgamos los dos.

—¡Un autorretrato! Pero ¿en qué mundo vives? Será un selfi. Espera un segundo, ya está, a ver que lo vea, hum... pero ¿quién es ese chico tan guapo que está junto a ti?

—Anda, dame el móvil que al final te lo cargas.

—Espera que vea las fotos que has hecho.

Simón llamó al camarero para pedirle la comida y dos cervezas más.

—La verdad es que hay fotos buenísimas, qué calidad. ¿Dónde las has sacado?

—Bueno las primeras son de ayer en la Gran Vía y en la plaza de Oriente, las otras son del Parque del Oeste de esta mañana.

—Bueno, bueno, pero ¿qué es esto? Conque tú y tu perrita para siempre. Pero que callado te lo tenías.

—¿Qué dices? Siempre estás de broma.

—¿Que qué digo? Y entonces, ¿quién es la chica que aparece junto a ti y a tu perra?

—¿Qué chica? No le hecho fotos a ninguna chica.

—Pues mira, aquí está la prueba.

Jaime entregó el móvil a Simón, quien al ver la fotografía se quedó estupefacto: era la que hizo girando el móvil y sin mirar la pantalla, y en ella aparecía él, su perra y una mujer entre medias. Esa mujer le era conocida, era la misma que el día anterior había salido en sus fotografías sin mascarilla.

—¡Es increíble! Es la misma mujer que aparece en las primeras fotografías.

—¡O sea que ya le hiciste fotos ayer!

—Sí, sale en las fotos que hice probando el móvil. Me llamó la atención porque iba sin mascarilla.

—Sí que te ha llamado la atención, eso no hay más que verlo.

—¡No digas bobadas! Si ni tan siquiera me fijé en ella cuando hice las fotos.

—Pero en la de esta mañana estaba a vuestro lado. No me irás a decir que tampoco te fijaste.

—Si es que no la vi, te lo juro. Cuando hice esa foto me volví para salir de cara con Nela, giré el móvil e hice la foto a tientas con las cámaras traseras.

—Pues tú dirás lo que quieras, pero después de tu perra esa chica es la que más sale en tus fotografías.

La verdad es que no sé cómo explicarlo, lo de ayer pudo ser casualidad, pero, ¿lo de esta mañana? De verdad es que no doy crédito. Habría jurado que cuando hice la foto estaba solo con mi perra.

—Pues si es verdad lo que dices, a lo mejor es ella la que se ha fijado en ti, y la verdad no lo entiendo, ¿cómo es posible que una chica guapa se pueda fijar en ti? Esto me está haciendo pensar que debo revisar las fotos que hago, ¡igual también tengo alguna admiradora como tú!

—¡No digas sandeces! Además, no es una chica; si no tiene los cuarenta, poco le falta.

—Vaya, habló el adolescente. Te recuerdo chaval, que tú ya no cumples los treinta y cinco.

—Ni tú tampoco.

—Ya, pero yo tengo una mentalidad más abierta. Para mí es una chica.

—Bueno, para ti la perra gorda. ¿Pedimos el postre?

—Sí, he visto que servían pudin, ¿pedimos dos?

—¡Cómo me conoces!

—Sí, por eso sé que esa chica te interesa.

—¿Cómo me va a interesar alguien a quien no conozco?

—Ya, claro. ¡Camarero! Nos trae dos púdines.

Simón, después de despedirse de su amigo Jaime y emplazarse para volverse a ver, se encaminó hacia su casa bajando por la Gran Vía. Iba dándole vueltas a las fotografías en las que había salido aquella mujer. La verdad es que, aunque no quiso reconocerlo delante de su amigo, sí que era guapa. «Pero ¿y qué?». Guapa o fea daba igual, lo que no entendía era que la había captado en sólo dos días, en tres sitios diferentes, y eso era algo que su mente lógica no acababa de digerir. Al pasar junto a la terraza en la que había estado sentado el día anterior,

se quedó mirando a la gente que pasaba por allí. Todo el mundo iba con su mascarilla reglamentaria y nadie le llamó la atención en especial. Tuvo la tentación de hacer fotografías al azar, pero enseguida descartó esa idea. Aquello era una estupidez e intentaría olvidarse del tema. Aceleró el paso para llegar de día a su casa, y bajar con Nela a darle su paseo antes de que se hiciera de noche.

Cada día anochecía un poco antes, pero les dio tiempo de llegar a la parte de atrás del Templo de Debod, donde se sentó en un poyete que delimitaba un pequeño estanque orientado hacia el oeste. Desde ahí se podían ver unas estupendas puestas de sol. Nela a su lado parecía disfrutar también del crepúsculo otoñal.

Simón sacó el móvil e hizo varias fotografías del ocaso. Se giró he hizo fotografías del estanque, cuyas aguas habían tomado una tonalidad anaranjada. Levantó a Nela en el aire y la puso encima del poyete para hacerla una fotografía con el fondo de las aguas del estanque y el Templo. Se fijó en las personas que había por allí: grupos de jóvenes que hablaban animosamente, parejas con niños dando un paseo, parejas más jóvenes abrazados, algún jubilado y otras personas que, como él, paseaban con su perro. Hizo varias fotografías en general y enseguida se puso a visualizarlas. Todas estaban fantásticas, en especial la del sol agonizante y su titánica lucha por no ser engullido y, cómo no, la de su perra Nela, exultante sobre las aguas anaranjadas con el fondo del Templo. Pensó que eran dos fotos para sacar en papel y enmarcar. Ojeó detenidamente las demás y nada, no había nadie conocido. Se dio cuenta de que, de alguna manera, había sentido un punto de frustración por no haber vuelto a ver a aquella mujer. Pero bueno, pensó que era lo normal. Aquella mujer que había aparecido en las otras fotografías no fue sino una casualidad. Se levantó y se encaminó hacia su casa. Nela le miraba y movía la cola, sabía que al llegar a casa tocaba cenar y eso era algo que le encantaba. Al dejar atrás el Templo, Simón se giró e hizo una última foto, la visualizó y allí estaba el monumento, ahora más majestuoso si cabe al haberse encendido los focos que lo

iluminaban. Nela le ladró, tenía prisa por llegar a casa y no le gustaban esas paraditas.

—¡Ya vamos! ¡Qué carácter!

Pasaron dos semanas y Simón había intentado empezar a escribir otro libro, pero sin éxito. No acababa de tener ninguna idea que le motivase lo suficiente como para empezar a escribir. Contactó con un periódico de emisión digital, y se comprometió a enviarles una crónica diaria que reflejara el pulso al nivel de la calle. Debería contener alguna entrevista a gente anónima sobre temas de actualidad, trabajo, política, el Covid-19. No le pagarían demasiado, pero le dejaba margen para dedicarse a otras cosas mientras le llegaba la inspiración para volver a escribir.

Una tarde, volviendo de la plaza de Callao por la Gran Vía, un coche arroyó a un ciclista. Enseguida se formó un grupo de gente alrededor del accidente. No parecía que hubiera sido nada grabe, aunque pudo divisar que el ciclista, que ya se había puesto en pie, se dolía de un brazo. Simón, que se encontraba por detrás de un tupido grupo de personas, se encaramó a un banco para hacer algunas fotografías. Sería un buen argumento para su próxima crónica: «La inseguridad de los ciclistas en la gran ciudad». La gente no respetaba la distancia de seguridad y Simón no intentó acercarse más. Unas personas comentaban lo ocurrido junto al banco donde se había subido Simón.

—Perdonen, ¿ustedes han visto como ha sido?

Una señora de mediana edad enseguida le contestó.

—Yo lo he visto todo: el coche giró para coger la calle de San Bernardo, al ciclista no le dio tiempo a frenar y se dio con él.

—¿Se fijó si el coche puso el intermitente?

—Creo que no.

Otra persona que estaba a su lado la contradijo.

—Sí, sí que puso la intermitencia. Yo estaba de frente y lo vi perfectamente: fue el ciclista quien no frenó y se empotró contra el coche. Menos mal que llevaba el casco puesto; si no, la cosa podría haber sido mucho peor.